

## ADVERTENCIA

Esta historia comienza en Groenlandia, el país del frío, en una fecha muy especial: el solsticio de verano.

El día más largo del año es, en las tierras de los hielos eternos, una noche blanca. El sol, en el horizonte, no se pone jamás y sus rayos nocturnos saludan al alba.

Las noches blancas son noches mágicas en las que puede suceder cualquier cosa, por increíble que parezca.

Todo confirma que el alba es el momento más indicado para que comiencen ciertas historias sorprendentes, y ése fue el momento en que se encontraron Anarfiq, el pequeño esquimal, y Youq, el espíritu de los hielos.

Fue un encuentro casual. Sin embargo, no fue ésa la única coincidencia. Otilia, la periodista soñadora, se decidió a dar un paseo y se refugió en el barco verde. D. J., el capitán bebedor, no acabó su ronda de aquavit de la noche y volvió a su mercante antes de lo que estaba previsto. El yate de Peddeckoe puso rumbo a Nuuk esa misma madrugada.

Una muchacha inglesa, un marinero ebrio, un esquimal y un espíritu se encuentran en una noche mágica. Si no hubiera sido así, tal vez jamás se habría forjado esta historia y nadie podría haber escrito este libro.

El encargado del viaje

En el puerto de Nuuk, la pequeña capital de Groenlandia, los barcos reposaban inactivos sobre las frías aguas. El sol no se había puesto todavía. En aquella época del año, una luz tenue, pero molesta, se prolongaba hasta más allá de la medianoche. Era el largo día polar del solsticio de verano.

El viejo puerto natural, como cualquier otro centro mercante de las costas árticas, acusaba la intensa actividad humana. Sin embargo, en aquellas horas del atardecer, el silencio se adueñaba de las inmensas grúas y nada estorbaba a las ratas que se deslizaban entre los contenedores para alcanzar los silos de grano.

Cuando las sirenas de las fábricas anunciaron el final del segundo turno y enmudecieron las perforadoras que trabajaban en las obras de ampliación del puerto, las calles se llenaron de una multitud variopinta que colapsó las calzadas con sus bicicletas. Unos se perdieron por las avenidas cuadrículadas, entre las fincas danesas, pequeñas y coquetonas, como casas de muñecas, con la ropa de colores secándose en sus ventanas; otros emprendieron la subida hacia las callejuelas estrechas y empinadas de los barrios de barracas de madera y latón.

Poco a poco, el Nuuk laborioso cedió su lugar al Nuuk nocturno. Los alrededores del puerto, cubiertos por una niebla fría y pegajosa que calaba hasta los huesos, se llenaron de canciones desafinadas y botellas rotas. Los trabajadores mestizos abandonaron las barracas para ir a celebrar el final de la jornada refrescándose el gaznate con aquavit, una bebida áspera que venía a ser el *whisky* nacional. Se les añadieron los estibadores y las tripulaciones de paso. Japoneses, daneses, canadienses... todos fumaban, bebían, gritaban y llenaban la noche de peleas y ruidos.

Una luz soñolienta arrojaba Nuuk. Tímidamente se encendieron las farolas junto a los muelles y las bombillas chillonas de las tabernas. Los vapores del alcohol se fundían con la humedad y apelmazaban la niebla alrededor del puerto. En la penumbra tan sólo destacaban los vestidos de las muchachas que esperaban, con los cigarrillos encendidos, frente a los locales de mala reputación, y el relampagueo instantáneo de una botella antes de estrellarse contra el asfalto.

Nuuk recibía el domingo a tientas, entre sorbos de aquavit y besos fríos. Era un sábado por la noche.

No muy lejos, entre las cajas de tabaco vacías esparcidas por las dársenas del muelle, Anarfiq desentumecía el cuerpo tras un largo sueño. Se estiró perezosamente, como un felino, y, sin apenas hacer ruido, se puso en pie. Vivía en el puerto, entre las cajas de los almacenes y los cargamentos de los mercantes, y trabajaba de noche, cuando todos dormían.

Anarfiq olfateó el aire: percibía un olor extraño. Algunas ratas pasaron junto a él, rozándole, pero no se inmuto: eran sus amigas y las imitaba. De ellas había aprendido a zafarse de los vigilantes y a ser cauto y sigiloso.

Anarfiq no era demasiado alto para sus once años. Como casi todos los mestizos, había heredado los ojos oblicuos, los cabellos negros y lisos y las piernas cortas de sus parientes maternos. La sangre danesa de su padre se había desvanecido sin dejar rastro. El intenso color azulado de su pupila era, quizá, el único rasgo de una vaga ascendencia escandinava. Por lo demás, Anarfiq no era diferente de los pequeños esquimales del norte, allá en Thule, ni de los gamberrillos que buscaban brega por las calles de Nuuk. Tal vez tuvo antepasados cazadores de focas. Sin embargo, su vida estaba muy lejos de las estepas de hielo. Su mundo se reducía al puerto. Había crecido y se había espabilado entre las estibas de pescado fresco, las cargas de grano y los bidones de gasóleo. Conocía todos los rincones y escondrijos del muelle como la palma de su mano y controlaba las llegadas y salidas de los barcos. Tenía amigos, marineros y estibadores, que distraían a los vigilantes cuando se agenciaba de un par de botellas de *bourbon* y las vendía a los turistas.

Aquella noche estaba de buen humor. Había avistado una carga de rubio americano recién llegada. Era una mercancía fácil: sólo tenía que esperar los ronquidos de Sorrag, el vigilante nocturno, para actuar.

Cambió de posición con cautela, controlando cada movimiento, y, rápido como una comadreja, se fundió

entre las sombras. Avanzaba agazapado junto al muro, procurando evitar la luz mortecina de poniente. En pocos minutos ganó el espacio que lo separaba de los silos y las cámaras de bacalao. Ya estaba cerca cuando, unos pasos más allá, una sensación extraña lo obligó a detenerse. Había algo. Percibía algo vivo inclasificable, sin precedentes en su corta experiencia. Se escondió tras un bidón y, como un animalillo acorralado, estiró el cuello tratando de penetrar la oscuridad con los ojos, de oír el silencio, de olfatear todos los olores. No veía nada ni oía nada, pero le inquietaba esa presencia vaga. No muy lejos, una sombra imperceptible se confundía con la silueta metálica de la grúa.